

En la erupción poética, ó antipoética más bien, que padecieron todas las repúblicas hispano-americanas al recibir hace años la noticia de que la Real Academia Española iba á emprender la publicación de una Antología de poetas de allá, le salieron al Ecuador varios granos, digo, varios tomos de versos con el título de *Parnaso ecuatoriano*; á Guatemala una *Galería centro-americana*, del bulto de un celemín; á Colombia un *Parnaso bogotano* muy corpulento; á Méjico una *Lira yucateca*, un *Libro nacional de lectura* y otros granillos más menudos; á Costa-Rica una *Lira costaricense*, en dos tomos en 4.º, bastante grandes; á la República Argentina una *América literaria* de dos tomos enormes en folio...

Todos estos materiales y otros muchos empezaron á venir como un aluvión sobre el infeliz Marcelino Menéndez, que era el

encargado por la Academia de formar la Antología susodicha; y el pobre ex-muchacho, al verse envuelto ya y medio ahogado entre ripios y amenazado todavía por la corriente que seguía viniéndosele encima, tuvo una idea salvadora: la de anunciar que sólo figurarían en la colección los poetas muertos.

Idea feliz ciertamente, aunque poco caritativa, pues llevaba anejo el peligro de que algunos vates apelaran al suicidio, como medio de ocupar en la Antología el puesto deseado.

Desde el primer momento me asaltó este temor, y me confirmé en él cuando ví que no era á mí solo á quien había ocurrido; pues hablando del caso unos días después con un amigo, ingenioso escritor, al darle yo noticia de la determinación de Marcelino, exclamó en el acto como si hubiéramos estado de acuerdo:

—Pues hace mal, porque tan vanos son, que alguno será capaz de suicidarse para salirse con la suya de que le pongan en el libro.

Después no he seguido con atención el asunto; pero seguramente se habrá dado algún caso.

De todos modos, es lo cierto que Marcelino, con esa idea de poner á la muerte por coladera, se libró de muchísimo farrago, y

que los americanos quedaron descontentos de la rigurosa regla de exclusión, y se quejan de que en los tres tomos de la Antología abultan más los prólogos que los versos, mientras á Marcelino, por el contrario, le remuerde la conciencia de haber tenido la manga demasiado ancha todavía, de haber coleccionado versos demasiado inferiores...

En fin, el caso es que en esa *América literaria*, de Buenos Aires, que arriba queda mencionada, figuran, además de la *Oda á Echeverría*, otras varias composiciones del mismo D. Rafael Obligado y académico.

Entre ellas, una titulada *El Hogar paterno*, que es muy notable.

Por lo mala, se entiende.

Empieza así:

«¡Oh mis islas amadas...»

Buen principio, ¿eh?

O *mis... is...*

«¡Oh mis islas amadas, dulce asilo

De mi primera edad!

¡Añosos algarrobos, viejos *talas*

Donde el boyero me enseñó á cantar!»

Bien se conoce que fué el boyero quien le

enseñó. Porque todavía está usted en disposición de aprender.

Para no cantar endecasílabos como éste:

«*Que así destruía un inocente hogar.*»

¿Le parece eso á D. Juan Valera un verso endecasílabo?...

Y no es lo más malo que los versos no sean buenos, sino que las estrofas á veces no tienen sentido ninguno.

«Esta la caña de pescar volvía,  
Enviando en derredor  
Menudas gotas, que al caer brillaban  
En los cabellos de las otras dos.»

No se comprende cómo, de *volver* la caña de pescar, se siga esa lluvia de gotas.

«Batiendo luego las *rosadas* palmas  
Reía, porque vió  
Medrosa hundirse en la corriente un ave  
Al *desusado* y *repentino* son.»

*Repentino*... Pchs... Repentinos son todos los sonos.

Pero *¿desusado?* ¿Por qué ha de ser desusado el son de las palmas?...

Digo, suponiendo que fuera al son de las palmas *rosadas* al que se hundió el ave;

porque, en realidad, no se sabe á qué ton ni á qué son vino el hundimiento.

Y sigue:

«¡Oh dulces años! *Por entonces era...*»

No, señor. *Por entonces* no era... poesía. Ni ahora tampoco.

«¡Oh dulces años! *Por entonces era*  
Nuestro goce mayor  
Hurtar las flores que en las islas *abren*,  
Y de sus aves escuchar la voz...»

¿De las aves de las flores?...

¿De las flores que *abren*?...

¡Ni gramática siquiera, D. Juan, ni gramática siquiera sabe su recomendado, el del libro bonito!

Porque de las flores no se puede decir que *abren*, sino que *se abren*.

A no ser que se diga que *abren sus cálices*. Pero el vate no lo dice.

Y decir que las flores *abren* sin decir qué, no es castellano.

Y luego las aves, que el vate querría, de seguro, que fueran de las islas, resultan por la fuerza de la sintaxis ser de las flores; porque las islas no han figurado en la oración como sujeto, sino incidentalmente.

¡Qué lástima! Un asunto tan hermoso como era éste de *El hogar paterno*, con toda la poesía que encierran los recuerdos de la infancia pasada en el campo... ¡y haberle echado á perder así!...

Siempre lo de Horacio: *Carmines fœdo splendida facta linunt*.

Otra mala obra del Sr. Obligado figura en la *América literaria*: la titulada *Santos Vega*.

De ésta no copió nada el bueno de Don Juan en sus *Cartas americanas*; pero la elogió hasta por allá arriba...

«A más de *excelente poeta lírico*—decía D. Juan á D. Rafael, así á boca de jarro,— me parece usted *buen poeta narrativo*, según el *testimonio brillante* que de ello da en la leyenda de *Santos Vega*...»

Y poco después vuelve á segundar, diciendo:

«Justo es, no obstante, que usted *dé á Santos Vega* las alabanzas que merece, por más que, *al dárselas*, se las *dé* (¡qué estilo!) escribiendo tan *preciosa leyenda*, y *quándole* (¡dale que le das!) envidia de la *due* el pobre *Santos Vega* sería capaz de morirse, si ya en la lucha con el trovador y mago intruso no hubiera muerto.»

Pues ahora han de saber ustedes que esta *preciosa leyenda* que sirvió á D. Juan de *testimonio brillante* para declarar á D. Ra-

fael *buen poeta narrativo*, es una leyenda tan deslavazada y tan mala, que casi no puede ser peor, ó á lo menos no se sabe cómo pudiera serlo.

Está escrita en décimas, á imitación de *El Vértigo* de Núñez de Arce, en cincuenta y seis décimas; pero de tal calidad, que para leerlas seguidas se necesita más vocación de mártir que para llevar seguidos cincuenta y seis azotes.

Bien saben ustedes, los que hayan leído á Núñez de Arce, que *El Vértigo* es de lo más malito que tiene D. Gaspar; y no digo lo más malo en absoluto, porque la estrambótica y prosáica *Visión de Fr. Martín* me estorba decirlo con justicia.

Bueno. Pues con ser *El Vértigo* de lo peor de Núñez de Arce, lean ustedes aquellas décimas una vez más, é inmediatamente después de acabar la última pónganse ustedes á leer las de la *preciosa leyenda*, que dice D. Juan; y si hubiera quien pasara voluntariamente de la cuarta, creo que me dejaba cortar cuatro dedos.

Empieza así:

«Cuando la tarde se inclina  
Sollozando al Occidente...»

La tarde no se inclina: se inclina el sol ó el día, poéticamente hablando, por supues-

to, y el efecto de esa inclinación se llama la tarde.

¡Y que no estará fea ni nada una tarde sollozando!...

Segunda décima:

«Cuentan los criollos del suelo  
(¡No, que serán los del cielo!)  
Que en tibia noche de luna,  
(Si no es tibia, no hay fortuna)  
En solitaria laguna,  
Para la sombra su vuelo;  
Que allí se ensancha, y un velo...»

Sí, ó un pañuelo, ó un anzuelo... La cuestión es que sea consonante de *vuelo*...

Porque para eso precisamente, para que la sombra parara su *vuelo*, hemos advertido que los criollos eran *del suelo*.

O los *criollos*, que es como hay que pronunciar para que el primer verso sea octosílabo.

«Que allí se ensancha, y un velo  
Va sobre el agua formando,  
Mientras se goza escuchando  
Por singular beneficio...»

Por singular ripio, querría usted decir, porque sólo para relleno y consonante ha podido venir ahí ese beneficio; que no se

sabe si es *curado* ó *simple*, pero que desde luego se ve que es *incóngruo*...

«Cuentan que en noche de aquéllas  
(En que hay ó en que no hay estrellas)  
En que la Pampa se abisma  
En la extensión de sí misma  
Sin su corona de estrellas...»  
(Ya lo dije: era por ellas  
Lo de la «noche de aquéllas.»)

Otra vez:

«Cuentan que en noche de aquéllas  
En que la Pampa se abisma  
En la extensión de sí misma  
(¡Muy bonita... figurisima!)  
Sin su corona de estrellas,  
Sobre las lomas más bellas  
(¡Las lomas más?... ¡Quién son ellas?)  
Donde hay más trébol risueño...»

¿Otro más todavía?

Las lomas... más... más...

«Sobre las lomas más bellas  
Dondé hay más trébol risueño,  
Luce una antorcha sin dueño  
(Por el dueño no hay empeño;  
Palmatoria es más precisa)  
Entre la niebla indecisa,

Para que *temple* la brisa  
Las *blandas* alas del sueño.»

¡Perfectamente!

Una antorcha... que luce... *sin dueño*,  
como si el *dueño* hiciera falta para que lu-  
ciera la antorcha... Y luce precisamente  
entre *una* niebla... indecisa... y ¿para  
qué?... para que la brisa *temple* las alas del  
*sueño*, que naturalmente son *blandas*...

¡Cuidado que es... poetizar!

Para que *temple* la brisa...

No acierto á pasar adelante... La brisa,  
por lo visto, es enfermera ó cosa así del sue-  
ño, y tiene que templarle las alas... Para  
eso luce *sin dueño*, detalle importante, una  
antorcha entre una niebla que no sabe qué  
hacer, que está indecisa en las *lomas-más*...  
donde hay *más* trébol *risueño*, en noche de  
*aquéllas* en que no hay *estréllas* y la Pam-  
pa se *abisma* en sí *misma*... ó en que la  
Pampa se duerme á la pámpana rota...

«Mas si trocado el *desmayo*

¿Qué *desmayo*?

En tempestad de *su seno*...»

¿De qué *seno*?... ¿Del *seno* de quién? ¿Del  
*desmayo*, del *sueño*, de la brisa, de la nie-

bla ó de la antorcha que luce sin dueño?...  
Y en estas dudas hay que andar siempre,  
ó en otras mayores, desde que se empieza  
la lectura hasta que se acaba.

«Yo, que en la tierra he nacido  
Donde ese genio ha cantado,  
Y el *pampero* he respirado  
Que al *payador* ha nutrido...»

El *pampero* han de saber ustedes que es  
un viento, el viento de la Pampa; de modo  
que, según el vate académico, el *payador*  
ó trovador Santos Vega se nutría del vien-  
to, como los camaleones.

Otra décima empieza así:

«Santos Vega cruza el llano  
Alta el ala del sombrero,  
*Levantada del pampero*  
*Al impulso soberano*...»

Sí, al impulso soberano del ripio; porque  
la colocación ahí de esos dos versos que no  
tienen importancia ninguna en la composi-  
ción, especialmente el segundo, no ha po-  
dido obedecer á otro impulso...

¿Cree el vate que se necesita un *impul-  
so soberano* para levantar el ala de un som-  
brero?...

Y sigue:

«Viste poncho americano,  
Suelto en ondas de su cuello...»

¿En ondas de su cuello?... ¡Cualquiera lo entiende!

«Y chispeando en su cabello  
Y en el bronce de su frente...»

¿Pero quién chispea? ¿El poncho americano, ó el cuello con ondas?...

«Y chispeando en su cabello  
Y en el bronce de su frente,  
Lo cincela el sol poniente  
Con el último destello...»

Pero ¿qué es lo que cincela el sol poniente?...

Viste poncho americano (*el payador*),  
suelto en ondas de su cuello, y chispeando  
en su cabello y en el bronce de su frente;  
no el cuello ni el poncho, sino el sol, que  
viene detrás, *lo cincela*...

¿Será al payador?...

¡Mire usted que un sol poniente que cincela chispeando!...

Y sigue el vate:

«Le ve venir: su mirada,  
Más que la tarde, serena,  
Se cierra entonces sin pena...»

Es claro; porque hay que aconsonantar con *morena*.

De modo que la mirada, que ya hemos tenido cuidado de que fuera *serena*, se cierra *sin pena*; pero no sin ripio.

Ni sin disparate. Porque me parece que lo es, y bien grande, eso de *cerrarse la mirada*.

Se cierran los ojos, y es muy conveniente cerrarlos para no leer ciertas cosas; pero ¿la mirada?...

¿Dónde ha oído decir ó dónde ha leído el Sr. Obligado eso de *cerrar la mirada*?...

¡Y pensar que de estas décimas estrapajosas dice D. Juan Valera, en su revesado y académico estilo, que «son no menos fluidas, bien hechas y ricas de rimas que las décimas empleadas por Núñez de Arce... en descripciones y narraciones!...»

Diga usted que no, D. Gaspar, que eso es una injusticia de su compañero de Academia.

Yo, que con mi habitual rectitud le he acusado á usted de desigual, de adjetivador y de ripioso, porque lo es usted á ratos, sincera é imparcialmente le defiendo á usted ahora contra la valerina chifladura, y digo que comparar las décimas del Sr. Obligado con las de usted es una especie de blasfemia literaria.

Aún hay clases... de décimas.

Y mientras las del *Vértigo* de usted son algunas, aunque pocas, de primera, y la generalidad de segunda, las del Sr. Obligado son, las menos malas, de cuarta ó de quinta.

Después de aquel descubrimiento de *cerrar la mirada* en lugar de cerrar los ojos, dice en otra décima el Sr. Obligado:

«Sobre la curva *lomada*  
Que *asalta* el cardo bravío...»

*Lomada*, Sr. Obligado, no es una loma, como usted cree, sino una caída de lomo; y decir que el cardo *asalta* una loma por decir que la puebla, es una figura muy bien extravagante.

Otra decimita.

El vate, describiendo una diversión de *gauchos*, dice:

«Uno, al fin, tras la *pechada*  
Del caballo, *recia* y *fija*,  
Logra asir de la manija  
La *presea* codiciada...»

Bueno. En primer lugar, *una pelota de cuero con dos manijas* no es una presea, será un juguete. Presea es alhaja de valor, ó por lo menos mueble de utilidad que se tiene en gran estima.

Y en segundo lugar, la *pechada* del caballo puede ser *recia*, eso sí... ¿pero *fija*?... ¿Cómo y por qué ha de ser *fija*?...

¿Cómo?... De ninguna manera. A no ser que el caballo apechador ó apechugador se quedara para siempre pegado al otro, al apechugado...

¿Por qué?... Por preparar consonante á *manija*... No puede ser por otra cosa.

Vamos á repetir:

«Uno, al fin, tras la *pechada*  
Del caballo, *recia* y *fija*,  
Logra asir de la manija  
La *presea* codiciada;  
*Cae* su dueño; atropellada...»  
(*Cae también la prosodia*;  
*Y la sintaxis, que odia*  
*Semejantes confusiones,*  
*Se pone unos pantalones*  
*Y canta la palinodia.*)

¿Ve usted qué fácil es hacer décimas así al *vultum tuum*?...

Pero vamos á cuentas.

«*Cae* su dueño, atropellada...» no es verso octosílabo, porque *cae* tiene dos sílabas, y ahí, si eso ha de ser verso octosílabo, no se le consiente tener más que una.

Y después ¿qué dueño es el que *cae*? ¿De qué es dueño el caído?... ¿De la *pre-*

*sea*, ó dígase de la pelota de cuero con dos manijas, mal llamada *presea*?... No, señor: ésta no tiene *dueño*; es el instrumento del juego y es de todos: no puede tener sino poseedor momentáneo...

Sigamos:

*Cae su dueño; atropellada  
Su horda sufre mil azares...*»

¿Qué *horda*? ¿La horda del dueño de la *presea*?... ¿Y de qué es esa horda?... No se sabe... No se sabe nada... ni de lo pasado ni de lo siguiente:

«*Cae su dueño; atropellada  
Su horda sufre mil azares,  
Y, la espuela en los ijares,  
La triunfante abate, huella...*»

¿Van ustedes entendiendo algo?... Me figuro que no. Sin una perspicacia académica, como la de D. Juan Valera, esto no se entiende...

Verdad es que D. Juan tampoco lo entendió... De seguro.

*Cae su dueño; atropellada  
Su horda sufre mil azares,  
Y, la espuela en los ijares...  
(¿Una en ambos?... no te pares)*

Y la espuela en los ijares,  
La triunfante abate, huella,  
Revolviendo *por* sobre ella  
Cual la tromba de los mares.»

No me pregunten ustedes quién es la triunfante que abate, huella, ni qué es lo que abate, huella, ni qué es lo que revuelve *por* sobre *ella*, ni quién es *ella*.

No me pregunten ustedes nada... porque no lo sabría contestar.

Me he quedado lo mismo que ustedes, y, como dice el guardia municipal del saine-te de Ricardo Vega, *non vuelvu de mi apo-teosis*.

¡Dios mío!... ¿Pero le darán algo á Don Juan por llamar á esto *testimonio brillante de buena poesía descriptiva, y preciosa leyenda, y décimas fluidas bien hechas y ricas de rimas?*...

Porque también, para decir esas cosas y no ganar nada, más le valía... lo que dice el proverbio.